

Cuando la voz no alcanzaba para narrar los horrores, las mujeres de la América Latina bordaban la memoria de sus pesares en telares o lienzos diversos. Con múltiples hilos juntaban retazos y elaboraban tapices que contenían su decir y su sentir. Eso fue lo que hicieron las arpilleristas chilenas cuando el horror prohibió las palabras.¹ De ellas bordó Eduardo Galeano el siguiente lienzo:

Chile es este mundo de trapos de colores sobre fondo de bolsas de harina. Con sobras de lana y viejos harapos bordan arpilleras las mujeres de los suburbios miserables de Santiago. Las arpilleras se venden en las iglesias. Que haya quien las compre, es cosa de no creer. Ellas se asombran: –Nosotras bordamos nuestros problemas y nuestros problemas son feos [...] Bordando arpilleras las mujeres se juntan, interrumpen la soledad y la tristeza y por unas horas rompen la rutina de la obediencia... (2007, 275).

Por eso me gusta pensar que *texto* y *textil* tienen en común algo más que cuatro letras: hilos que los recorren a ambos, que se cruzan y entretrejen como puentes que diluyen sus fronteras; hilos como palabras, palabras como hilos que ayudan a decir lo que nos duele. En el presente texto hilvano el decir y el sentir de Elizabeth Jelin y Esther Hernández Palacios, y con sus palabras bordo un *textil* de hilos oscuros sobre la memoria, el dolor y la violencia: una arpillera xalapeña o un acercamiento a la ciudad violenta.

Memoria y lenguaje

El vínculo entre memoria y lenguaje se ha convertido en un

Arpillera xalapeña o un acercamiento a la CIUDAD VIOLENTA*

Norma Esther García Meza

Texto y textil tienen en común algo más que cuatro letras: hilos que los recorren a ambos, que se cruzan y entretrejen como puentes que diluyen sus fronteras; hilos como palabras, palabras como hilos que ayudan a decir lo que nos duele.

asunto primordial en los estudios culturales latinoamericanos que buscan analizar y comprender la complejidad de ciertas prácticas, como aquellas que se caracterizan por la activación de subjetividades orientadas a enfrentar la violencia y el dolor. En el marco del proyecto de investigación “Prácticas culturales y discursos de la memoria. El trabajo con el lenguaje”, me he ocupado de dicho vínculo a partir de visibilizar la resignificación que los familiares de las víctimas de la violencia otorgan a los lugares donde ocurrió una muerte brutal, mediante la realización de un ritual funerario conocido como “levantamiento de la sombra” (García 1987, 18). La realización de este ritual –que tiene como principal soporte las concepciones del alma y de la sombra, entidades que están presentes en las diversas cosmovisiones de los distintos pueblos que conforman el territorio mexicano– explica la instalación de las lápidas urbanas que los deudos construyen para

propiciar el descanso del alma de sus seres queridos.

Mediante estas inscripciones funerarias, la memoria de nuestra ciudad “nos sale al paso, a cada paso, aun [si nuestro andar es] desprevenido” (Arfuch 2013, 6) y nos recuerdan la violencia que en ella ocurre. Mirarlas o hacerlas visibles puede ser una vía para recuperar nuestra capacidad de asombro (Zemelman 1992, 167) y lograr que nuestra sensibilidad se movilice junto con nuestras creencias y nuestros imaginarios e intentemos comprender el dolor ajeno.

Ejemplo del sufrimiento narrado en cada una de esas lápidas es el que se desprende de la que Esther y su familia colocaron en el lugar donde Irene Méndez Hernández Palacios recibió los disparos que le quitaron la vida el día 8 de junio de 2010, el mismo lugar donde Fouad Hákim Santiesteban, su esposo, fue secuestrado. La lápida narra que en ese lugar ocurrió una muerte violenta, un doble crimen que indigna y duele.

Rituales de la memoria

La noche del martes 8 de junio de 2010 a Esther Hernández Palacios le mataron a su hija Irene... Esa noche a Esther le arrebataron todo, menos la palabra, en especial aquella que nace del vínculo ancestral entre poesía y memoria, y que le permitió a esa madre mutilada escribir párrafos como el siguiente: “26 años tenía mi hija, 26 veces cruzaron su cuerpo balas asesinas, 26 veces le quitaron el color, el aliento... la vida. 26 veces se clavan las mismas balas con un martillo en la cabeza. Me rompen, me vacían. No lloro, no grito” (2012, 10).

La palabra es la que la va situando del lado de esa comunidad a la que se refiere Elizabeth Jelin: “la de los seres humanos activos en los procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado. Seres humanos que ‘trabajan’ sobre y con las memorias del pasado” (2002, 14), porque desde el territorio de su dolor y durante los días más aciagos, Esther se dedicó a develar con la palabra esos “escenarios de confrontación y lucha” (7) donde se construye la memoria, a narrar lo sucedido con toda su crudeza, a ponerle nombre no sólo al dolor sino también a la violencia:

Xalapa, la capital de Veracruz, perdió por completo la calma el día de ayer cerca de las 10:30 de la noche; sabíamos de mantas colgadas en los puentes peatonales de las avenidas; escuchábamos rumores de balaceras en los estacionamientos de los centros comerciales, de cadáveres embolsados en las carreteras periféricas, de “levantados” y secuestrados. Habíamos visto al ejército patrullar el centro de la ciudad; pero la guerra, es decir la muerte, el horror

La noche del martes 8 de junio de 2010 a Esther Hernández Palacios le mataron a su hija Irene... Esa noche a Esther le arrebataron todo, menos la palabra, en especial aquella que nace del vínculo ancestral entre poesía y memoria, y que le permitió a esa madre mutilada escribir párrafos como el siguiente: “26 años tenía mi hija, 26 veces cruzaron su cuerpo balas asesinas”.

y el miedo todavía quedaban lejos: en el periódico matutino que narra los asesinatos de Juárez; en el noticiero nocturno que daba la cifra de los muertos hasta ese día del mes... El asesinato de mi hija, en pleno centro de la ciudad, a las afueras del estadio de fútbol americano en el que su marido entrenaba a niños y adolescentes, a una hora en que por esa avenida arbolada que da al Estadio Jalapeño se pasean algunas parejas y más de un vecino camina con su perro después de la cena, sumió a Jalapa en el fango de la violencia que, horas después –al ser descubierto el cuerpo de Fouad– se volvió aún más pestilente y espeso (Hernández 2012, 16).

Ese proceso que nos habla de experiencias humanas, condensadas en huellas simbólicas y materiales que se resisten al olvido y que se conocen como memoria, va siendo erigido por Esther en *México 2010. Diario de una madre mutilada*, un testimonio del dolor y de los rituales funerarios realizados para propiciar el descanso del alma de sus seres queridos.²

Cronología de una incertidumbre

En la víspera de los XXII Juegos Centroamericanos y del Caribe 2014, celebrados en esta ciudad, la familia de Esther comenzó a sentir la incertidumbre de un posible derrumbamiento de la lápida³ por las remodelaciones de una serie de espacios deportivos, entre los cuales se encontraba el gimnasio Omega, ubicado precisamente en la avenida donde Irene fue asesinada y donde fue instalada la lápida en memoria suya y de su esposo.

La posibilidad de que derribaran el muro, y con él la lápida de Irene, era factible, sobre todo si consideramos que las 26 lápidas instaladas en el Boulevard Lázaro Cárdenas identificadas durante el trabajo de campo del año 2009 (García Meza 2012, 338) fueron removidas en 2011, precisamente por las remodelaciones viales realizadas en el marco del programa Bella Xalapa, que impulsó la alcaldesa de ese periodo.

Ante la incertidumbre, se tomó la decisión de dar seguimiento visual, mediante el recurso de la fotografía etnográfica, al tratamiento dado a la lápida y documentar así su posible transformación. El resultado es la presente cronología visual que permitió constatar lo siguiente:

a) Entre julio y noviembre de 2014, los trabajadores realizaron tareas de albañilería, plome-



Foto 1. Panorámica de la avenida Cayetano Rodríguez Beltrán (tomada de Google Earth, enero 2014).



Foto 2. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 3. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 4. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 5. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 6. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 7. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 8. Lápida en memoria de Irene y Fouad (octubre 2014).



Foto 9. Lápida en memoria de Irene y Fouad (noviembre 2014).



Foto 10. Lápida en memoria de Irene y Fouad (noviembre 2014).

ría, jardinería, pintura... y cada mañana utilizaron la superficie de la lápida para colocar su desayuno mientras conversaban o descansaban, sin prestar atención a lo que dice la placa ni a la razón de su existencia.

b) Cuando terminaron las obras, unos platos y vasos desechables quedaron encima de la lápida como demostración de ese movimiento perpetuo y cotidiano que la circundó... Pero, sobre todo, como una prueba de la indiferencia de quienes utilizaron su superficie para desayunar.

c) Asimismo, fue posible documentar que una mañana la lápida y la caseta de lámina, con el orificio por donde penetró una de las balas disparadas contra Irene, amanecieron remozadas y pintadas.

d) La lápida de Irene y Fouad sigue estando ahí,⁴ en el mismo lugar, como un testimonio de la memoria, el dolor y la violencia. **LPyH**

REFERENCIAS

- Arfuch, Leonor. 2013. "La ciudad como autobiografía". *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, n.º 12, 1-14.
- Galeano, Eduardo. 2007. *Memorias del fuego. El siglo del viento*. Madrid: Siglo XXI.
- García, Enrique Hugo. 1987. "Análisis estructural de los ritos funerarios de San Miguel Aguasuelos, Veracruz". *La Palabra y el Hombre*, n.º 62, 15-21.
- García Meza, Norma Esther. 2012. "Prácticas culturales y discursos de la memoria". En *Escenarios de la cultura y la comunicación en México. De la memoria al devenir cultural*. Coordinado por Rashkin, Elissa y Norma Esther García Meza, 313-348. Xalapa: uv.

Ante la incertidumbre, se tomó la decisión de dar seguimiento visual, mediante el recurso de la fotografía etnográfica, al tratamiento dado a la lápida y documentar así su posible transformación. El resultado es la presente cronología visual.

- Hernández Palacios, Esther. 2012. *México 2010. Diario de una madre mutilada*. México: Ficticia.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Sastre Díaz, Camila Fernanda. 2011. "Reflexiones sobre la politización de las arpilleras chilenas (1973-1990)". *Revista Sociedad & Equidad*, n.º 2, 364-377.
- Zemelman, Hugo. 1992. *Los horizontes de la razón*. Barcelona: Anthropos.

Notas

¹ Una síntesis del presente artículo fue presentada en el curso/ciclo de conferencias "Violencia, comunicación y poder", Maestría en Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana, el 26 de octubre de 2016.

² "Las arpilleras vienen de una tradición campesina en Chile. Eran bordados de hilo o de lana sobre un género base (tipo de género muy rústico, tejido con la estopa -parte gruesa del lino de cáñamo-). Por medio del bordado, sobre ese género, se dibujaban imágenes [...] En cada uno de aquellos retazos de género bordados comienzan a dibujarse miles de escenas de la represión que la dictadura ejercía en Chile: 'A través de las arpilleras, crímenes específicos fueron denunciados: por ejemplo, el descubrimiento de cuerpos en una fosa común en varias zonas de la capital y en las ciudades de Calama en el norte de Chile y en Lonquén cerca de Santiago' [...] En cada arpillera pueden leerse narraciones de sucesos que son silenciados desde el poder: la tortura, las desapariciones, los fusilamientos, la represión, las huelgas, etc. ..." (2011, 365-368, 369).

³ La colocación de una lápida con la inscripción que narra lo sucedido fue uno más de los tantos rituales realizados por Esther: "[la placa se colocó] al año del asesinato [...] La develaron las dos familias, pero la propuesta la hizo la familia Hernández Palacios. El texto lo hizo mi mamá [fue] un evento que consideramos necesario para recordarlos y para que la comunidad jalapeña no se olvide de lo que pasó ni de lo que estaba pasando en ese momento..." Fragmento de la entrevista a Alejandra Méndez Hernández Palacios, realizada por Hazel Hernández Guerrero el 23 de septiembre de 2014.

⁴ "... estamos con la incertidumbre de qué [va a pasar], ya ves que está ahorita la remodelación [y se decía] que iban a tirar ese muro, entonces [los de Obras Públicas] nos aseguraron que aunque lo quitaran ellos se iban a encargar después de ponerlo". Fragmento de la entrevista a Alejandra Méndez Hernández Palacios, realizada por Hazel Hernández Guerrero el 23 de septiembre de 2014.

⁵ El deseo de la familia de que siga estando ahí, a la espera de que la gente la vea, lea lo que dice y que no olvide lo sucedido, parece cumplirse: "... cuando estamos ahí nos damos cuenta que hay gente que sí pasa y se detiene y lo lee, es como para llamar otra vez a la gente a que, pues recuerde, por eso está ahí". Fragmento de la entrevista a Alejandra Méndez Hernández Palacios, realizada por Hazel Hernández Guerrero el 23 de septiembre de 2014.

• **Norma Esther García Meza** es doctora en Letras por la UNAM e investigadora del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la UV. Pertenece al SNI, nivel I.